

ries y de clasificarlas según los puntos de vista adoptados.

He aquí cómo se procede: Las diferentes clases entre las cuales el arte ha distribuido esos objetos son indicadas á la cabeza de cada serie y ellas mismas son designadas por cifras, abreviaturas ú otros signos arbitrarios.

Mas el niño, que ha debido ya en los primeros ejercicios de lectura haberse apropiado hasta hacerlas inolvidables esas diversas clases de las subdivisiones superiores, encuentra entonces en cada una de las series de palabras el signo de la clase en que ha sido ordenada sistemáticamente cada palabra. Ese signo coloca pues al niño en estado de poder precisar inmediatamente á qué orden de ideas pertenece el objeto designado, y de trasformar así él mismo en todos los ramos la nomenclatura alfabética en una nomenclatura científica.

Yo no sé si es necesario explicar ese procedimiento con un ejemplo. Ello me parece casi superfluo; voy á hacerlo, sin embargo, á causa de la novedad de ese modo de enseñar. Por ejemplo: una de las subdivisiones de la Europa es la Alemania. Se comenzará por hacer que el niño aprenda corrientemente y de una manera indeleble la división general de la Alemania en diez distritos; después se le hará leer primeramente en simple orden alfabético las ciudades de Alemania. Mas se habrá designado de antemano cada una de las ciudades con el número del distrito en que ella está situada. Tan pronto como el niño sepa leer corrientemente los nombres de esas ciudades, se le hará conocer la relación que

existe entre las cifras y las subdivisiones de la rúbrica general, y el niño en algunas horas estará en estado de poder indicar, en toda la serie de las ciudades de Alemania, á qué subdivisiones de las rúbricas principales pertenecen ellas.

Se le pondrán á la vista, por ejemplo, los nombres de las siguientes ciudades de Alemania, acompañados de los números que los determinan:

Aachen 8.	Allendorf 5.	Altona 10.
Aalen 3.	Allersperg 2.	Altorf 1.
Abenberg 4.	Alschaufen 3.	Altranstaedt 9.
Aberthan 11.	Alsleben 10.	Altwasser 13.
Acken 10.	Altbunzlau 11.	Alkerdissen 8.
Adersbach 11.	Altena 8.	Amberg 2.
Agler 1.	Altenau 10.	Ambras 1.
Ahrbergen 10.	Altenberg 9.	Amoenburg 6.
Aigremont 8.	Altenburg 9.	Andernach 6.
Ala 1.	Altensalza 10.	
Allenbach 5.	Altkirchen 8.	

El niño los leerá todos de la manera siguiente:

Aachen está en el distrito de Westfalia,
Abenberg está en el distrito de Franconia,
Acken está en el distrito de la Baja Sajonia.

Así el niño evidentemente no tiene más que arrojar una mirada á las cifras ó á los signos que corresponden á las subdivisiones del objeto tratado en la serie, para estar en estado de indicar inmediatamente á qué categoría pertenece cada una de las palabras de esa serie, y para trasformar así, como lo

he dicho, la nomenclatura alfabética en una nomenclatura científica.

Y con esto me encuentro, por esta parte, en los límites en que termina mi propia acción. Una vez llegado á este punto, los niños deben haber alcanzado el grado de desarrollo de fuerza intelectual que me he propuesto darles; y cualesquiera que sean los ramos de estudio que ellos se sientan capaces de abordar y en los cuales quieran lanzarse, deben estar en estado de poder aprovechar por su propia iniciativa los medios auxiliares que se encuentran siempre en esos ramos, pero que son de tal naturaleza que hasta aquí sólo un pequeño número de privilegiados podía llegar á utilizarlos. Este es el resultado á que yo quería llegar, y el único que buscaba. Yo no quería ni quiero enseñar al mundo ningún arte ni ninguna ciencia,—yo no conozco ningunos,—pero quería y quiero aún facilitar, de una manera general, al pueblo el estudio de los primeros elementos de todas las artes y de todas las ciencias; quiero abrir á las inteligencias abandonadas y entregadas al embrutecimiento, á los pobres y á los débiles del país las vías de la educación, que son las vías de la humanidad; quiero, si lo puedo, poner fuego á ese farrago que, desde el punto de vista de la iniciativa individual, única base de toda educación verdadera, coloca las clases de los países de Europa mucho más atrás que los bárbaros del Norte y del Sur, porque gracias á él, á despecho de la charlatanería de nuestra civilización general tan ponderada, nueve de cada diez hombres se encuentran despojados de un derecho que pertenece á todo hombre que vi-

ve en la sociedad: del derecho de instruirse; ó por lo menos están privados de la posibilidad de hacer uso de ese derecho.

¡Pluguiera que ese farrago ardiese con lúcida llama sobre mi tumba! Ahora sé muy bien que pongo sólo un pequeño carbón en la paja húmeda, mojada; pero yo veo levantarse un viento, y él no está ya lejos, que soplará ese carbón: la paja húmeda que me rodea se secará poco á poco, luego se calentará, en seguida prenderá y por último arderá. Sí, Gessner, ¡jella arderá! por más húmeda que esté ahora al rededor de mí ¡jella arderá!

Pero al verme tan avanzado en el segundo medio especial del estudio del lenguaje, advierto que no he tocado ni una palabra siquiera del tercero de esos medios, aquel por el cual nos conduce el lenguaje al último de los fines de la enseñanza, al esclarecimiento de nuestras concepciones. Y éste es:

c. Medios de llevar al niño á poder determinar exactamente por medio del lenguaje las relaciones de las cosas entre sí y en sus condiciones que varían según el número, el tiempo y las circunstancias; ó más bien, á esclarecernos más aun la naturaleza, las cualidades y las propiedades activas de todos los objetos que ya hemos aprendido á conocer por el estudio de sus nombres y á distinguir hasta cierto grado por la reunión de sus nombres y de sus cualidades.

En estos puntos de vista se descubren los principios fundamentales que deben servir de base á una verdadera gramática é igualmente á la marcha progresiva, en su continuación, que nos conduce por

esta vía al último fin de la enseñanza, al esclarecimiento de las nociones que hemos adquirido.

Aquí también preparo á los niños para el primer grado enseñándolos pura y simplemente á hablar, pero guiando esta enseñanza según los principios psicológicos; y hago, sin dejar escapar ni una palabra de teoría ó de regla, que la madre comience por pronunciar al niño frases con el fin de enseñarlo á hablar y de ejercitarlo en ello, frases que él, durante este período, deberá repetir tanto para ejercitar los órganos de la voz como por esas mismas frases. Se deben separar de una manera precisa estos dos fines: ejercicio de la pronunciación y aprendizaje de las palabras desde el punto de vista del lenguaje, y ocuparse del primero dedicando á los ejercicios un tiempo suficiente, independientemente del segundo. Tomando conjuntamente estos dos puntos de vista, la madre pronunciará en seguida al niño las frases siguientes:

El padre es bueno.
La mariposa es abigarrada.
El animal cornudo es herbívoro,
El pino es derecho.

Cuando el niño haya pronunciado estas frases el número de veces necesario para que él pueda fácilmente repetir las, la madre le preguntará: ¿Quién es bueno? ¿Qué ó qué cosa es abigarrada?—y en seguida inversamente: ¿Qué es el padre? ¿Qué es la mariposa? etc.

Y así continuará ella:

¿Quién es?—¿Quiénes son?

Los animales de rapiña son carnívoros.
Los ciervos son ágiles.
Las raíces son extensas.

¿Quién tiene?—¿Qué tiene?

El león tiene fuerza.
El hombre tiene razón.
El perro tiene buen olfato.
El elefante tiene una trompa.

¿Quiénes tienen?—¿Qué tienen?

Las plantas tienen raíces.
Los peces tienen escamas.
Las aves tienen alas
Los toros tienen astas.

¿Quién quiere?—¿Qué quiere?

El hambriento quiere comer.
El sediento quiere beber.
El acreedor quiere ser pagado.
El prisionero quiere ser libre.

¿Quiénes quieren?—¿Qué quieren?

Los sensatos quieren lo que es justo.
Los insensatos quieren lo que desean.
Los niños quieren jugar de buena gana.
Los cansados quieren gustosos descansar.

¿Quién puede?—¿Qué puede?

El pez puede nadar.
El ave puede volar.
El gato puede trepar.
La ardilla puede saltar.
El buey puede cornear.
El caballo puede patear.

¿Quiénes pueden?—¿Qué pueden?

Los sastres pueden coser.
Los asnos pueden cargar.
Los bueyes pueden tirar.
Los cerdos pueden gruñir.
Los hombres pueden hablar.

Los perros pueden ladrar.
 Los leones pueden rugir.
 Los osos pueden verraquear.
 Las alondras pueden cantar.

¿Quién debe?—¿Qué debe?

La bestia de tiro debe dejarse enganchar.
 El caballo debe dejarse montar.
 El burro debe dejarse cargar.
 La vaca debe dejarse ordeñar.
 El cerdo debe dejarse degollar.
 La liebre debe dejarse cazar.
 El derecho debe ser ejercido.

¿Quiénes deben?—¿Qué deben?

Las gotas de lluvia deben caer.
 Los oprimidos deben obedecer.
 Los vencidos deben sucumbir.
 Los deudores deben pagar.
 Las leyes deben ser observadas.

Así continuó hasta haber pasado en revista todas las declinaciones y conjugaciones en toda su extensión, pasando sin dilación á reunir los ejercicios del segundo grado con los del primero, y, principalmente en el empleo de los verbos, prosigo los ejercicios según un procedimiento de que doy los siguientes ejemplos:

VERBOS SIMPLES:

Atender—á la palabra del maestro.
Respirar—por los pulmones.
Doblar—un árbol.
Atar—la gavilla, las medias, etc.

En seguida viene el segundo ejercicio sobre los

VERBOS COMPUESTOS:

Achten (5), atender.—Yo atiendo (*ich achte auf*)

á la palabra del maestro, á mi obligación y á mi bien; yo aprecio más (*ich achte mehr*) al uno que al otro; yo opino (*ich erachte*) que ello sea de uno ó de otro modo; yo presto atención (*Obacht*) á un acontecimiento importante; yo observo (*ich beobachte*) al hombre de quien desconfío, la cosa que yo quiero sondear y también mi deber; el hombre bueno honra (*hochachtet*) al virtuoso y desprecia (*verachtet*) al vicioso.

El hombre que atiende (*achtet auf*) á alguna cosa es atento (*achtsam*); el que no presta atención á alguna cosa es desatento (*unachtsam*).

Más que á todos debo yo respetarme (*mich achten*) á mí mismo, y más que á todos debo observarme (*auf mich achten*) á mí mismo.

Athmen: respirar.—Yo respiro (*ich athme*) débil, fuerte, rápida, lentamente; yo respiro de nuevo (*ich athme wieder*), cuando la respiración se ha suspendido y vuelve otra vez; yo aspiro (*ich athme ein*) el aire; el moribundo espira (*athmet aus*).

Después continuó y doy una amplificación mayor á esos ejercicios, construyendo frases que se extienden poco á poco, que se desarrollan progresivamente de un modo más y más variado y que se hacen gradualmente más precisas. Por ejemplo:

Yo conservaré.

Yo no conservaré de otro modo la salud, después de todo lo que he sufrido.

Yo no conservaré de otro modo la salud, después de todo lo que he sufrido en mi enfermedad.

Yo no conservaré de otro modo la salud, después

de todo lo que he sufrido en mi enfermedad, sino por la moderación.

Yo no conservaré de otro modo la salud, después de todo lo que he sufrido en mi enfermedad, sino por la moderación más grande.

Yo no conservaré de otro modo la salud, después de todo lo que he sufrido en mi enfermedad, sino por la moderación más grande y por la regularidad.

Yo no conservaré de otro modo la salud, después de todo lo que he sufrido en mi enfermedad, sino por la moderación más grande y por una regularidad general.

Cada una de estas frases se hace pasar por todas las personas y por todos los tiempos de la conjugación. Por ejemplo:

Yo conservaré,

Tú conservarás, etc.

Yo conservaré la salud,

Tú conservarás la salud, etc.

La misma frase se hace pasar en seguida por los tiempos compuestos. Verbigracia:

Yo he conservado,

Tú has conservado, etc.

Estas frases deben inculcarse profundamente en la memoria de los niños, y se debe además tener cuidado de elegir las especialmente instructivas, que eleven el alma y que convengan principalmente á las condiciones especiales de los alumnos.

Con el objeto de aplicar y de fortificar más la fuerza intelectual que se les ha hecho adquirir á los

niños por medio de esos ejercicios, reuno á ellos algunos ejemplos de descripciones de objetos ó de hechos materiales. Por ejemplo:

Una *campana* es una copa abierta por debajo, ancha, gruesa, redonda, de ordinario colgada libremente, que se va angostando de abajo para arriba, se encorva ovalmente en la parte superior, y que tiene en el medio un badajo que cuelga perpendicular y libremente, que golpea en ambos lados la parte inferior de la campana, cuando ésta es movida fuertemente, y produce así el sonido que llamamos toque ó repique.

Andar es moverse avanzando paso á paso.

Estar de pie (*stehen*) es reposar sobre las piernas, estando colocado el cuerpo en una posición vertical.

Estar acostado (*liegen*) es reposar sobre un objeto cualquiera, teniendo el cuerpo en una posición horizontal.

Estar sentado (*sitzen*) es reposar sobre una cosa cualquiera en una posición en que el cuerpo forma ordinariamente un ángulo doble.

Estar arrodillado (*knien*) es descansar sobre las piernas haciendo que éstas formen un ángulo.

Inclinarse es bajar el cuerpo mediante la flexión de las rodillas.

Agacharse es doblar de arriba para abajo el cuerpo colocado en la posición vertical.

Trepar es subir ó bajar agarrándose con las manos y con los pies.

Cabargar es ser trasportado por un animal, yendo sentado en él.

Ir en coche (fahren) es ser llevado en una caja movable.

Caer es moverse de arriba para abajo sin ó contra su voluntad (6).

Cavar es levantar, remover la tierra con una pala, ó colocarla en otro lugar (7).

Yo quisiera terminar la serie de estos ejercicios de lenguaje en un libro (8) que legaría al morir á mis alumnos. En esa obra, con motivo de los verbos principales de la lengua, que son para mí los puntos de vista más importantes, los que me han llamado particularmente la atención sobre las experiencias de mi vida relativas á los asuntos que ellos designan, trato yo en cortas exposiciones de hacer sensibles á la vista de los niños esas consideraciones, resultados de mi experiencia, en la misma luz con que ellas hieren mis ojos; y, por medio de este ejercicio, me propongo unir la verdad, las observaciones exactas y los sentimientos puros á las palabras que denotan las acciones del hombre y los actos en que él desempeña un papel meramente pasivo. Por ejemplo:

Respirar.—Tu vida pende de un soplo.—Hombre, cuando tú bufas de cólera, cuando tus pulmones absorben como un veneno el aire puro de la tierra ¿qué haces tú sino apresurarte á quedar sin aliento y á librar así de tu cólera á los hombres que sufren por tu causa?

Valorar.—A fin de valorar la tierra ha sido ella repartida. Este fué el origen de la propiedad

cuya legitimidad reside en su objeto, en el que únicamente debe buscársele siempre y con el cual no puede nunca estar en contradicción. Pero si el Estado permite al propietario ó se permite á sí mismo violar ese objeto, entonces los actos aislados de los poderosos y de los ricos, que resultan de esta violencia, excitan en los que los sufren un sentimiento que jamás se borra completamente en el corazón del hombre, el de la igualdad primitiva y de su derecho á ser indemnizado de su parte de tierra. Y cuando esos actos se generalizan, engendran y engendrarán siempre, mientras los hombres sean hombres, revoluciones cuyos males no pueden ser mitigados y reparados sino volviendo á los límites del objeto en vista del cual ha sido dividida por el hombre, en partes proporcionales, la tierra que Dios le ha dado gratuitamente.

Manifestar.—Tú te encolerizas porque no siempre puedes manifestarte como quieres aparecer; no te encolerices, porque á veces te verás obligado contra tu voluntad á ser prudente.

Empero es ya tiempo de que concluya estas consideraciones.

Yo me he detenido largo tiempo sobre el lenguaje considerado como medio de esclarecer gradualmente nuestras ideas. Pero él es también el primero de esos medios. Mi método de enseñanza se distingue particularmente en que hace del lenguaje un uso mayor que el que hasta aquí se ha hecho como medio de elevar al niño de las intuiciones oscuras á las nociones claras, é igualmente se distingue en

cuanto aplica este principio: excluir de la primera enseñanza elemental todo el conjunto de palabras que supone el conocimiento efectivo de la lengua. El que concede que la naturaleza conduce sólo por la claridad de las partes á la perspicuidad del todo, admite asimismo que las palabras deben ser explicadas al niño una á una antes de que ellas puedan serles esclarecidas en sus combinaciones;—y el que admite esto, de un solo golpe arroja de la enseñanza todos los libros elementales de instrucción usados hasta ahora, porque todos ellos suponen en el niño el conocimiento de la lengua, antes que ellos mismos se lo hayan dado. Sí, Gessner, esto es curioso: el mejor libro de enseñanza en el siglo que acaba de terminar ha olvidado que el niño debe aprender á hablar antes de que se pueda hablar con él; es admirable este olvido, pero es efectivo, y desde que yo lo conozco no me admiro ya más de que sea posible hacer de los niños hombres distintos de aquellos en los cuales se ha perdido tan completamente el recuerdo de la piedad y de la sabiduría del pasado. El lenguaje es un arte,—es un arte inmenso, ó más bien el conjunto de todas las artes que nuestra especie ha llegado á conquistar. Él es en sentido propio la devolución de todas las impresiones que la naturaleza en toda su amplitud ha producido en el género humano. Por esto me sirvo yo del lenguaje y, tomando por guía los sonidos que él emplea, trato de producir nuevamente en el niño las mismas impresiones que han dado ocasión á la especie humana para crear y formar esos sonidos. El lenguaje es un don muy grande. Lo que él propor-

ciona al niño en un momento, la naturaleza ha necesitado miles de años para darlo al hombre. Se dice de un miserable toro: “¿qué sería él si conociese su fuerza?”—y yo digo del hombre: ¿qué sería él si conociese la fuerza que le da el lenguaje?

Grande es la laguna que se ha formado en el corazón de la civilización del hombre, habiendo llevado nosotros tan lejos el olvido de nosotros mismos en esta cuestión y no habiendo hecho nada para enseñar á hablar á las clases bajas del pueblo, sino también dejando aún aprender de memoria palabras aisladas, abstractas, á un pueblo que carece de lenguaje.

Los indios no podían, en verdad, hacer otra cosa mejor para mantener á las últimas clases de su pueblo en una eterna estupidez y para dejarlas perpetuamente en la última categoría de la especie humana.

Que se me contradiga el hecho, si se puede. Yo apelo al testimonio de todos los eclesiásticos, de todas las autoridades, de todos los hombres que viven entre un pueblo á quien, en medio de su total abandono, se imprime aún un sello absurdo de aparente solicitud paternal. El que viva en medio de un pueblo semejante, levántese y atestigüe que él no ha experimentado cuán difícil es hacer entrar una idea cualquiera en la cabeza de esas desgraciadas criaturas. Mas todos están de acuerdo sobre este punto: “Sí, sí, dicen los eclesiásticos, cuando ellos vienen á nosotros no comprenden una palabra de nuestra enseñanza.”—Sí, sí, dicen los jueces, aunque ellos tengan cien veces razón, les es imposible hacer com-

prender sus derechos á un hombre cualquiera.”— La señora exclama compasivamente: “Apenas aventajan en un poco á los brutos; no se les puede emplear en ningún servicio.”—Los panzones, que no saben contar hasta cinco, los consideran más estúpidos que ellos mismos que son panzones; y los malvados de todos los colores gritan, gesticulando cada uno á su manera: ¡Magnífico para nosotros que ello sea así! Si fuere de otro modo, no podríamos en las ferias comprarles tan barato ni venderles tan caro.

Amigo, así se expresa poco más ó menos todo el palco de la gran comedia europeo-cristiana, y no puede hablar de otro modo, porque él ha hecho á ese patio más falta de alma que lo ha sido nunca un asiático ó un pagano. Yo repito una vez más la causa. El pueblo cristiano de nuestro continente ha caído en ese abismo porque desde más de un siglo se ha dado en sus establecimientos elementales de educación á las palabras vacías una importancia tal para el espíritu humano, que no sólo ha devorado ella misma las impresiones de la naturaleza, sino que hasta ha destruído en el hombre mismo la facultad de recibir esas impresiones. Yo digo aún otra vez: obrando así, y rebajando á los cristianos europeos hasta hacer de ellos un pueblo que vive de palabras y frases huecas, como no ha existido nunca otro sobre la tierra, no se le ha enseñado á ese pueblo ni siquiera á hablar. No es, pues, de admirarse de que la cristiandad de este siglo y de esta parte del mundo tenga la apariéncia con que ella se presenta á nuestra vista. Por el contrario, es de

admirarse de que la buena naturaleza humana, en medio de todas las artes y medios ingeniosos que para degradarla se han puesto en obra en nuestras escuelas de chacharería, haya conservado aún tanta fuerza íntima, como la que todavía se encuentra generalmente en los abismos del pueblo. Pero—¡gracias á Dios! la estupidez de los artificios de mono encuentra al fin su contrapeso en la naturaleza misma del hombre, y deja de ser perjudicial á nuestra especie cuando su monería ha alcanzado el último extremo que nosotros podemos soportar. La locura y el error, cualquiera que sea su vestido, llevan en sí mismos el germen de su inestabilidad y de su ruina; sólo la verdad, en cualquier forma que se presente, trae en sí un germen de la vida eterna.

LA FORMA.

El segundo medio elemental del cual procede y debe proceder todo conocimiento humano, por consiguiente la esencia de todos los medios de enseñanza, es la forma.

El conocimiento intuitivo de las cosas formadas debe preceder al estudio de la forma. En el estudio de las formas se debe pues volver atrás, y la exposición artificial destinada á su enseñanza debe deducirse, en parte, de la naturaleza de nuestra facultad de intuición y, en parte, del objeto determinado de la enseñanza misma.

Toda la suma de nuestro saber proviene:

1° De las impresiones producidas en nuestros sentidos por todo lo que la casualidad pone en con-

tacto con ellos. Este modo de intuición es irregular, confuso y su marcha es restringida y muy lenta.

2º De todo aquello que se ofrece á nuestros sentidos por intermedio de la educación y de la dirección, en cuanto esta última depende de nuestros padres y maestros. Esta manera de intuición es, según el grado de inteligencia y de actividad de mis padres y maestros, naturalmente más general, amplia y conexas, y más ó menos ordenada psicológicamente; su marcha es también, según el mismo grado, más ó menos rápida y tiende á alcanzar más ó menos pronto y seguramente el objeto final de la instrucción, *el esclarecimiento de las ideas.*

3º De mi voluntad para recibir las luces y de mis esfuerzos espontáneos para conocer los diversos medios de recibir las intuiciones. Los conocimientos intuitivos de esta especie dan á nuestras luces un valor propio intrínseco y nos aproximan á la acción moral propia que ejercemos sobre nuestra educación, en cuanto aquella da en nuestro espíritu una existencia independiente á los resultados de nuestras intuiciones.

4º De los resultados ó efectos de nuestros esfuerzos y de nuestro trabajo en todas las profesiones y en las actividades de todo género que no tienen por objeto únicamente la observación. Esta manera de adquirir los conocimientos encadena nuestras intuiciones á nuestro estado y á nuestras circunstancias, pone de acuerdo los

resultados de aquellas con los esfuerzos que hacemos para cumplir nuestro deber y practicar la virtud, y ejerce esencialmente, tanto por lo compulsivo de su marcha como por la falta de voluntad que existe en cuanto á sus resultados, la influencia más grande sobre la exactitud, la continuidad y armonía de nuestras concepciones, hasta que ha alcanzado su objeto: la claridad de las ideas.

5º En fin, el conocimiento adquirido por la intuición es analógico en cuanto nos enseña á conocer también las propiedades de cosas que no han estado nunca sometidas propiamente á nuestra observación, pero cuya semejanza abstraemos ó deducimos de otros objetos que realmente han sido observados por nosotros. Este modo de intuición convierte el progreso de nuestros conocimientos, que, como resultado de intuiciones reales, es la obra de nuestros sentidos, en la obra de nuestra alma y de todas sus facultades, y vivimos así en tantas especies de intuiciones como facultades tiene el alma. Pero con respecto á las últimas intuiciones tiene la palabra intuición un sentido más lato y comprensivo que en el lenguaje ordinario y abarca también toda la serie de los sentimientos que son inseparables de la naturaleza de nuestra alma.

Es esencial el darse cuenta de las diferencias que existen entre todos estos modos de intuición, con el fin de poder abstraer ó deducir para cada uno de ellos las reglas que le son propias.

Entretanto, vuelvo á seguir mi camino.

De la conciencia de las intuiciones de las cosas formadas procede el arte de medir. Mas éste reposa inmediatamente sobre *el arte de la intuición*, que debe ser distinguido realmente de la simple facultad de conocer, como también del simple modo de intuición de las cosas. De esta intuición facticia se desarrolla en todas sus partes y con todas sus consecuencias la ciencia de las medidas. Pero ese poder de la facultad de intuición nos conduce por la comparación de los objetos, aun fuera de las reglas mismas del arte de medir, á una intuición más libre de esas relaciones, al *arte del dibujo*; y, por último, utilizamos las facultades del arte de dibujar en el *arte de la escritura*.

ARTE DE MEDIR.

Este arte presupone un *ABC de la intuición* (9), es decir, presupone un arte de simplificar y precisar las reglas de la mensura por la clasificación de todas las diferencias de forma que aparecen en la intuición.

Yo quiero, mi querido Géssner, llamar nuevamente tu atención á la marcha empírica que me ha conducido á las ideas que ahora tengo sobre este asunto, y con ese fin voy á darte aquí un extracto de un pasaje de mi Memoria. En ésta decía: "Admitido el principio de que la intuición es el fundamento de todos los conocimientos, se sigue incontestablemente que: *la exactitud de la intuición* es el verdadero fundamento de la exactitud del juicio.

"Pero es evidente que, respecto á la educación, la

"exactitud perfecta de la intuición es un resultado de la mensura del objeto de que se trata de formar concepto, ó de la facultad de sentir las proporciones, llevada á una perfección tal que ella hace superflua esa medida. El saber medir exactamente viene, pues, en la educación de la especie humana después de la necesidad de la intuición.

"Dibujar es determinar por medio de líneas una forma cuya extensión y contenido han sido determinados justa y exactamente por una medición perfecta. El principio de que el ejercicio y la aptitud de medir todo deben preceder al ejercicio en dibujar, ó que por lo menos deben marchar á la par, es asimismo tan evidente como no practicado. Pero la marcha de nuestra educación es comenzar por intuiciones inexactas y edificar al sesgo, en seguida demoler y reedificar diez veces oblicuamente hasta que por fin y al cabo el sentimiento de las proporciones llega á la madurez, y entonces nosotros también llegamos por último al punto por donde deberíamos haber comenzado, esto es, á medir. Tal es la marcha que seguimos, y sin embargo, nosotros somos tantos miles de años más viejos que los egipcios y los etruscos, cuyos dibujos estaban basados sobre medidas perfectas, ó, en el fondo, no eran sino tales medidas.

"Y ahora se trata de saber: ¿por qué medio se puede desenvolver en el niño esa aptitud, que es el fundamento de todas las artes y que consiste en medir exactamente todos los objetos que se presentan á su vista?—Evidentemente por una serie de medidas tomadas de las divisiones del cuadrado, que com-

“prendan todas las intuiciones posibles y que estén organizadas según reglas simples, seguras y precisas.

“Los artistas jóvenes, por falta de tales elementos de las medidas, han llegado á adquirir, en verdad, mediante una larga práctica en su arte, medios por los cuales han alcanzado una habilidad ó destreza más ó menos segura para representarse un objeto y para reproducirlo tal como él existe en la naturaleza. Y es irrefragable que muchos de ellos, mediante un grandísimo trabajo y esfuerzos perseverantes, han logrado adquirir, aun hasta para las intuiciones más complicadas y confusas, un sentimiento de las proporciones tan desarrollado que les ha hecho superfluo el medir los objetos, pero también cuantos artistas eran, tantos medios distintos existían. Ninguno ha podido denominar su procedimiento, porque ninguno se ha dado cuenta cabal de él: por esta razón no podía transmitirlo de una manera conveniente á sus alumnos. Éstos se encontraban, pues, en la misma situación que su maestro y asimismo debían adquirir con los esfuerzos más grandes y mediante un largo ejercicio, pero á su vez por medios propios, ó más bien sin medios, el resultado de aquéllos, el sentimiento exacto de las proporciones. Y así ha debido el arte permanecer en manos de los pocos elegidos que tenían tiempo y ocio para obtener por medios indirectos ese sentimiento. Y no se podía aproximarse á él, ni considerársele nunca como una cosa común á toda la humanidad, y el derecho á cultivarlo no podía mirarse como un derecho general de la especie humana; y sin embargo, es un derecho que pette-

“nece á todos los hombres. Por lo menos puede considerarlo así el que no refuta, el que admite que el derecho de aprender á leer y á escribir es derecho de todo hombre que vive en un país civilizado. Es, pues, manifiesto que la inclinación al dibujo y la aptitud para medir se desarrolla naturalmente y espontáneamente en el niño; por el contrario, para enseñarlo á deletrear y á leer se experimentan dificultades que requieren mucho tacto ó un severo rigor, y que es necesario allanar, si el daño que pueden causarle es ventajosamente indemnizado con los beneficios inapreciables que puede proporcionarle la lectura. No obstante, el dibujo, si debe concurrir al objeto de la enseñanza, esto es, cooperar al esclarecimiento de las ideas, debe estar íntimamente unido á la mensura de las formas. Para el niño á quien se presenta un objeto para que lo dibuje, antes que él pueda representárselo con todas sus proporciones y en su forma completa, y antes que sepa expresarse sobre las impresiones que le causa, no llega nunca á ser el dibujo lo que debe ser en todo el curso de su educación, un verdadero medio de pasar de las intuiciones oscuras á las nociones claras; ese arte no estará jamás en armonía con el gran objeto de la educación, para el cual tiene un valor real y efectivo que puede y debe tener para ese niño.”

Para fundar, pues, sobre esta base el arte del dibujo debe subordinársele al arte de medir y procurar organizar en formas precisas de medidas las divisiones en ángulos y arcos que se derivan de la forma primitiva del cuadrado, como también las divisiones